

LUZMARÍA JIMÉNEZ FARO

**DELMIRA AGUSTINI,  
MANANTIAL DE LA BRASA**

75

COLECCIÓN TORREMOZAS  
Madrid, 1991

# ÍNDICE

	<i>Págs.</i>
Vida y Muerte .....	11
Epistolario íntimo .....	23
Mundo poético .....	41
ANTOLOGÍA	
Otra estirpe .....	57
Boca a boca .....	58
Fiera de amor .....	60
Serpentina .....	61
El vampiro .....	62
Explosión .....	63
El surtidor de oro .....	64
El rosario de eros .....	65
El intruso .....	69
Amor .....	70
En silencio .....	71
Tu boca .....	72
La cita .....	73
El cisne .....	74
Día nuestro .....	76
Con tu retrato .....	77
Mis amores .....	78
Desde lejos .....	81
El nudo .....	82
Fue al pasar .....	83
Tú dormías .....	84
Nocturno .....	85
Inextinguibles... ..	86
Misterio: ven... ..	87
Para tus manos .....	89

	<i>Págs.</i>
El arroyo .....	91
Tu amor, esclavo .....	92
Por tu musa .....	93
En el camino .....	94
Ceguera .....	95
De elegías dulces .....	96
La noche .....	98
La copa del amor .....	99
Supremo idilio .....	100
Plegaria .....	103

## VIDA Y MUERTE

Apenas nada quede ya de aquel Montevideo que ella vivió y, como en otras ciudades, sólo un recuerdo borroso ampare los deliciosos barrios de antaño: las calles empedradas; las casas con zaguán y balcones de mármol; los patios llenos de plantas y el olor a jazmín inundándolo todo. En una de estas casas, calle Río Negro, núm. 254, nace Delmira el 24 de octubre de 1886, siendo bautizada en la catedral.

Fueron sus padres Santiago Agustini, uruguayo descendiente de corsos franceses y María Murtfeldt, argentina de ascendencia alemana y francesa. También la mediterraneidad se sintetiza en ella a través de ascendientes españoles e italianos. El matrimonio tuvo primero un hijo varón y pocos años después nació Delmira. La niña sorprendía por su precocidad: a los nueve meses decía claramente palabras; a los dos años deletreaba; a los cuatro escribía y a los cinco ya bordaba.

La educación de Delmira se desarrolla dentro del ámbito familiar. Doña María, que poseía una cierta cultura, enseña a leer y a escribir a la hija y le va instruyendo en otras materias. Cuidadosa y sabiamente, sensibiliza su espíritu —ya receptor— hacia la literatura y las bellas artes. Será el padre quien la inicie en la pintura, cuyo estudio seguirá más tarde en el taller de Domingo Laporte.

Cursó enseñanza primaria en el Colegio de las Hermanas del Huerto y posteriormente completaría su formación con profesores particulares. De francés: Mme. Cassy y Constant Willems, con el que daría clases hasta 1905. De piano: María Sansené, Mme. Beniporat —primera en comentar la inteligencia excepcional de Delmira— y, finalmente, el profesor Martín López.

En este hogar cómodo y tranquilo en donde cualquier manifestación cultural es acogida con entusiasmo, crece hacia fuera y hacia dentro. Se disciplina con fervor y dedica muchas horas a la lectura y, como mínimo, tres diarias para los ejercicios de piano. Cuando Delmira tiene siete años los padres descubren su primer poema, dedicado a unas palomas a las que con frecuencia daba de comer en la Plaza Cagancha (Libertad). Surge la visión de las aptitudes de la hija y se consagran ambos a la custodia gozosa del milagro que la habita. La Nena, como familiarmente la llaman, pasa el límite de niña mimada para convertirse en ídolo. La avidez del desvelo de doña María tiende una sombra dominadora y tiránica que, por otro lado, favorece la soledad de Delmira.

Antes de seguir adelante, me parece imprescindible comentar la doble influencia de la madre sobre la hija: Una de forma muy negativa, a la que podríamos aplicar la teoría de «la personalidad absorbida» de que habla magistralmente Betty Friedan en *La mística de la femineidad*, en que se establece el

«culto al hijo» produciéndose una simbiosis que sume al vínculo en un arduo y deliberado infantilismo. En estos casos las madres actualizan y consiguen sus deseos a través de los hijos y se ven imposibilitadas de separarse de ellos. Este sentimiento nos lleva, no obstante, a la parte positiva en el caso de Delmira, ya que esta misma dependencia crea una renuncia a actividades fuera del ámbito del hogar y de la familia en beneficio de las fantasías y de la vida imaginaria. La soledad será para Delmira el espacio para encontrar el éxtasis. La simple arquitectura de las paredes de su cuarto le desata de lo cotidiano. La puerta cerrada le acerca a sus seres nocturnos. En ese aislamiento dará salida a sus deseos más profundos y creará los versos más hermosos.

De carácter introvertido y huraño, esta mujer alta, rubia y de bellísimos ojos azules alternaba poco con gente de su edad. De tarde en tarde salía con algunas amigas, muy pocas, entre las que se encontraban: Marta Triaca, Emma Helena Buxareo y María Amalia Ramírez de Blixen. En el taller del pintor Laporte conoció a André Giot de Badet, también alumno, amistad que doña María permitió ya que era *un joven rico, de buena familia, educado como una niña y con modales de verdadera niña*. André contribuyó de forma decisiva en la formación intelectual de Delmira: juntos leyeron a poetas y novelistas franceses y otros clásicos del siglo XIX.

Como vamos viendo, su niñez y adolescencia se nutrieron de silencio y melancolía, y el autodestierro entre las paredes de su cuarto le facilitó largas horas de lecturas y de sueños. Amaba la noche y leía y escribía en la cama. También la noche era el espejo negro donde reflejar sus visiones extraordinarias. Amante y amada que en la vigilia de las horas nocturnas transformará su fuego interior en un río

de lava abrasadora. Pero este cuarto era también su reducto vital donde todo respiraba un vaho de ternura: Allí el costurero con sus bordados —tenía unas manos primorosas—; el canario que tanto quiso y que conservó embalsamado; la muñeca en la que volcó su instinto maternal...

El mundo de Delmira es extremadamente complicado: se basta, en su soledad, a sí misma pero, por otra parte, sus desdoblamientos, su otra personalidad, producen seres imaginarios que casi podrían tocarse de tan reales. Sus múltiples contradicciones impiden que su reflejo revele, con claridad, el auténtico carácter de esta mujer difuminada siempre por el misterio.

Cuenta Manuel Medina Betancort en el prólogo a *El libro blanco* (primer libro de Delmira, publicado en 1907) cómo unos años antes se le había presentado Delmira en su despacho donde se hacía la revista *La Alborada* y tímidamente le había dado un manuscrito diciendo: *Son versos. Los primeros. Quisiera que usted me los publicara.* Y pensó que ante él, aquella muchacha *hecha de carne y sangre de rosas era como un milagro, o como un prodigio, o como un sortilegio.*

Y así sus primeros poemas se publicaron en *La Alborada* y en otras revistas: *Rojo y negro, La petite revue, Apolo, Bohemia, El Hispano Americano, La semana, La razón...*

Cuando aparece *El libro blanco* Delmira tiene veinte años. En él se recogen poemas muy diversos, por lo que resulta algo desigual; pero ya desde el umbral de su poesía se advierten los destellos de su genialidad. El eco que tiene la salida de este libro nos lo cuenta Zum Felde así:

*Cuando apareció El libro blanco, primicia adolescente, un movimiento de asombro conmovió*